EDICION DE LA MAÑANA

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

AÑO LXIII.—NÚM. 19.792. Madrid.—Sábado 20 de Abril de 1912. Ediciones Mañana, Tarde y Noche.

DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE

HABLAN LOS SUPERVIVIENTES DEL "TITANIC,,

El "Carpathia,, ha llegado á Nueva York conduciendo á los supervivientes del "Titanic", los cuales hacen emocionantes relatos de la tremenda catástrofe.

Desde París

(TELEGRAMAS DE NUESTRO DIRECTOR)

Detalles del salvamento.

PARIS. Los primeros supervivientes empezaron á abandonar el barco á las 9,35, originándose un retraso al desembarcar en el muelle por la necesidad de desembarazarse de trece canoas del *Titanic*.

La declaración que han hecho es la siguiente:

«Nueva York, 18 de abril, á las 10,10 de la noche.

Comunicación del Comité de náufragos á la Prensa.

Los abajo firmantes, pasajeros supervivientes del *Titanic*, con objeto de prevenir contra toda declaración sensacional y exagerada, consideramos como un deber dar á la Prensa una relación de los hechos que han llegado hasta nuestro conocimiento y que creemos exactos.

El domingo 14 de abril de 1912, alrededor de las 11,40, en una noche fría y nublada, el capitán Smith se suicidó sobre el puente. El primer maquinista se suicidó también.

Tres pasajeros italianos fueron muertos en el transcurso de una lucha que se entabló para apoderarse de las embarcaciones de salvamento.

Los pasajeros, que se dieron cuenta del suicidio del capitán, dicen que éste se hizo dos disparos antes de lograr matarse.

Estando en la biblioteca, el capitán Smith iba á suicidarse, cuando un oficial le arrebató el revólver. El capitán cruzó el puente, y, provisto de otra arma, se hizo un disparo y luego otro, cayendo muerto.

El barco chocó contra los *icebergs* que habían sido señalado por el vigía; pero por pronto que quiso evitársele ya era tarde y no se pudo evitar el choque.

Inmediatamente fueron tomadas todas las medidas para reparar las averías y salvar el pasaje, ordenando la entrega de los cinturones salvavidas.

Echáronse al mar las embarcaciones menores, y las señales habituales fueron hechas por la telegrafía sin hilos, haciéndose al propio tiempo disparos sin intervalos.

Un donativo.

El Comité de la Bolsa de Nueva York llevó á los muelles, algunos instantes antes de la llegada del *Carpathia*, 100.000 francos para ser distribuídos entre los supervivientes más necesitados.

Morgan *Junior*, hijo, hizo su aparición sobre el buque salvador, tan pronto éste se acercó á los muelles.

En ellos se veían á las familias de los que iban en el *Titanic*, llegando á miles las personas que allí había.

Llegada del «Carpathia».

PARIS. Acaba de llegar el siguiente relato, remitido á *Le Matin* desde Nueva York el día 18 del corriente:

«El transatlántico *Carpathia*, del que se había ocultado cuidadosamente el viaje para despistar la ansiedad de la opinión, llegó á este puerto á las siete y cuarenta minutos.

Inmediatamente atracó á su costado el barco que conducía á las autoridades sanitarias, que subieron á bordo del transatlántico, y á las ocho y veinte pasó frente á Battery Place.

La llegada del *Carpathia* se propagó por la ciudad como un reguero de pólvora. Más de veinte mil personas se aglomeraron en los alrededores de los docks de la Compañía Cunard. Durante el paso del barco por el Hudson los fotógrafos sacaban fotografías de las escenas emocionantes desarrolladas al regreso memorable de los supervivientes del *Titanic*.

Repetidas veces la multitud enorme que se agolpaba en los docks intentó romper el cordón que formaban los agentes de Policía, para saludar y reconocer á los que se habían salvado.

Puede decirse que los muelles estaban completamente cubiertos por el gentío que se apiñaba y permanecía estacionado, á pesar de caer una lluvia persistente.

Gracias á la severa vigilancia que se había establecido, pudieron evitarse graves accidentes, y todo terminó sin tropezar con grandes dificultades.

Escenas del naufragio.

Relatan los supervivientes que el capitán del *Titanic*, Mr. Smith, desesperado, no queriendo sobrevivir á su infortunio, se quitó la vida.

Por dos veces los oficiales lograron impedir que realizara su propósito; pero, aprovechando un momento de confusión, burló la vigilancia de que era objeto y consumó el hecho.

En el momento del naufragio las mujeres produjeron una confusión horrible. La mayoría subieron á cubierta desnudas, tiritando por el frío de aquella noche glacial, y, en su apresuramiento, casi todas se precipitaron á las embarcaciones, desprovistas por completo de ropa ó simplemente arrebujadas en las mantas; otras vestían tan sólo ligeras ropas de noche.

También los hombres vestían ropas insuficientes para preservarles de la crudeza del frío.

Una vez recogidos los náufragos, á bordo del *Carpathia* se les reanimó; á los que se hallaban más enfermos y extenuados se les suministraron cordiales y medicamentos; pero, á pesar de los cuidados que se les prodigaron con la mayor solicitud, fallecieron tres de ellos el lunes por la tarde y dos al día siguiente, viéndose precisado el capitán del *Carpathia* á ordenar que los cadáveres fuesen arrojados al mar.

Abnegación y estoicismo.

Dos bomberos del *Titanic* han contado á Mr. David que, en el momento en que iban á alejarse del transatlántico, varios camaradas lograron saltar á su bote.

El marinero que empuñaba el timón les hizo notar que eran demasiados y que zozobraría la embarcación. «¡All right!» (¡Muy bien!), exclamó estoicamente uno de los que habían saltado, y dicho esto volvió á arrojarse al agua, á fin de evitar una sobrecarga que hubiera sido fatal para los demás que se hallaban en el bote.

Mistress Astor.

Circuló el rumor al mediodía de que había fallecido la esposa del coronel Astor. Afortunadamente, no es cierto. Mistres Astor está enferma de bastante cuidado; pero no en peligro de muerte.

Relatos de los supervivientes.

El coronel Mr. Archibald Gracie ha sido verdaderamente afortunado. Según ha manifestado, permaneció sobre el *Titanic;* pero pudo ser recogido después del naufragio.

—Yo me hundía—dice el coronel—al mismo tiempo que el barco, y me abandoné á los impulsos del mar, como se sigue el movimiento de una ola cuando uno se baña plácidamente en las playas de verano.

Me así con fuerza á una barandilla del puente, y esto me salvó de ser arrojado contra los restos del barco. Cuando noté que éste se hundía por momentos, abandoné el puesto y volví bruscamente á la superficie; ví que flotaban á mi alcance maderos y otros despojos de los materiales arrancados, y me aproximé, desesperadamente, á una viga, á la que había unido un gran pedazo de lienzo. Cerca de mí nadaba fatigosamente otro pasajero. Le ayudé y juntos intentamos el salvamento de los que aparecían en la superficie.

Pronto nos reunimos una treintena de náufragos alrededor de esta boya tan incierta, temiendo que nos despidiera al más pequeño de sus movimientos.

Algunos intentaron agarrarse; pero les advertimos que si se nos unían pereceríamos todos, y desistieron de su propósito. Les vimos desaparecer bajo las aguas, cerca de nosotros.

Al amanecer, todavía éramos 25 los que nos manteníamos asidos á la viga.

¡Cómo expresar las angustias que nos asaltaron hasta el momento en que vimos aparecer al *Carpathia!* ¡Y aun en aquel momento, nuestra existencia pendía de un hilo, porque estábamos paralizados por el frío, por la fatiga y el terror! Las horas así pasadas, no lo dudéis, han sido las horas más siniestras y más largas que he vivido.

En la noche que precedió al desastre—añadió el coronel Gracie—hablaba precisamente con Mr. Charles Hays, presidente del gran Trust Railway, quien me decía que todas las grandes Compañías marítimas realizan esfuerzos prodigiosos para aumentar el lujo y la velocidad de estos barcos gigantescos; pero, creed que todo acabará por un desastre terrible. ¡Cuán lejos estaba de suponer que su vaticinio había de confirmarse tan pronto! Dos horas después de nuestra conversación, mi interlocutor había perecido.

No es cierto que fuera de los primeros en abandonar el *Titanic*, como dijeron los periódicos, sino que embarqué en uno de los últimos botes. Por lo demás, habiéndose nombrado una Comisión investigadora, que está formada por senadores, yo responderé á cuantas preguntas me hagan los comisionados referentes al naufragio.

Uno de los supervivientes describe el comportamiento del coronel Mr. Astor, en estos términos:

«Varios amigos instaban vivamente al coronel para que embarcara en una de las chalupas lanzadas al agua. Mr. Astor contestó, con energía:

—No me embarcaré antes de que la última mujer haya abandonado el *Titanic*.

Y el coronel ayudó á embarcar á los niños, animando á todos y conservando su admirable sangre fría hasta el último instante. Puede decirse que ha muerto como un héroe.

La esposa de Mr. Isidor Strauss se negó á salir del *Titanic* sin su marido, y en brazos de éste esperó la muerte.

La explosión de las calderas.

Mr. Robert Daniel, residente en Filadelfia, que es otro de los salvados, cuenta que las operaciones de salvamento se efectuaban con relativa calma hasta el momento de producirse la explosión de las calderas.

Próximamente una hora antes de que el *Titanic* se fuera á pique se produjeron tres explosiones consecutivas, con un cuarto de hora de intervalo. El terror se apoderó entonces de gran número de pasajeros, y se arremolinaron en derredor de los últimos botes. En este momento tres italianos intentaron apoderarse de una lancha. La marinería se opuso, y como lucharan por conseguir violentamente su propósito, fueron ejecutados.

Mr. Daniel añade:

—Ignoro cómo y por qué milagro me encontré, después de la catástrofe, dentro de un bote, medio desnudo y á punto de sucumbir de frío. Todavía me pregunto si estoy realmente salvado.

Desde el «Carpathia».

Wiliam David, subcomisario á bordo del *Carpathia*, refiere lo que vió á bordo de este transatlántico, que ha servido de refugio á los supervivientes. Cuenta que nadie quería creer, en el *Carpathia*, la situación difícil en que se hallaba el *Titanic*. Los pasajeros bromeaban, pareciéndoles imposible que pudiera irse á pique el grandioso transatlántico. Unicamente cuando se les declaró de un modo terminante que la situación del *Titanic* era en absoluto desesperada, las frentes se arrugaron y todos se aprestaron al cumplimiento de su deber, disponiendo lo necesario para el salvamento de los pasajeros del otro barco. Funcionaron los proyectores y se alumbraron fuegos suplementarios con teas y antorchas. En los botes se colocaron provisiones, mantas y vestidos.

Todo el mundo comprendió entonces que el drama era real; pero aun se confiaba en que, si los daños materiales podían ser enormes, ninguna vida sería arrebatada de modo tan brutal.

Provistos de gemelos marinos, todos los oficiales del *Carpathia* escudriñaban el horizonte. Por fin se percibió una luz azul, que de lejos era muy débil y que se supuso era la del palo mayor del *Titanic*, y aun cuando el formidable leviatán había ya naufragado, aquella luz mortecina nos guió hacia la flotilla de los botes que conducían á los supervivientes.

Efectivamente; uno de los botes llevaba una luz, que era la que desde el *Carpathia* habíamos divisado, cerca de las tres de la mañana.

Poco tiempo después llegábamos hasta el primer bote que conducía á los supervivientes. Sólo contenía 15 personas, cuando hubiera podido llevar, fácilmente, unas 60.

Iban una familia entera, un marinero y cinco mecánicos.

A una distancia bastante considerable de este primer bote, otras embarcaciones se balanceaban sobre las olas, marchando sumamente distanciadas.

Los náufragos, al divisar al *Carpathia* hicieron un último esfuerzo para venir á nuestro encuentro. Nosotros redoblamos también nuestro coraje para llegar hasta ellos y cogiendo á los pasajeros les condujimos hasta el barco y los izamos á bordo, pasándoles una cuerda por los brazos. Algunos estaban tan extenuados, que fué necesario elevarlos con hamacas.

El *Carpathia* salvó de este modo á todos los que iban en 22 botes, cada uno de los cuales contenía, por término medio, de 30 á 40 personas.

Angustiosa situación.

PARIS. Publica *Le Matin* el relato de un viajero que cuenta la situación angustiosa en que se encontraron en los botes hasta que llegó el salvamento.

«Abandonados—dice el viajero—en nuestra pequeña embarcación, temiendo zozobrase á cada momento, perdida toda esperanza, nos hacíamos, sin embargo, la ilusión á cada momento de que se divisaban luces; pero no se distinguían en todo el espacio que alcanzaba nuestra vista. ¡Cómo se da cuenta entonces de lo tenaz que es el amor á la vida!

Estábamos helados, porque nos habíamos lanzado del «Titanic» con la cabeza descubierta y sin gabanes.

De tiempo en tiempo dábamos gritos, por llamar la atención de las embarcaciones que navegasen por aquellos parajes; pero, desgraciadamente, nuestra voz no encontraba más eco que el suyo en la inmensidad.

Un barón alemán que había recogido su revólver, hacía disparos hasta que agotó las cápsulas.

En esta angustiosa situación permanecimos cuatro interminables horas.

El salvamento.

Por fin apareció el «Carpathia», y lo recibimos con un ¡hurra! que era el suspiro de sutisfacción por volver á la vida, que casi creíamos perdida.

Todos los botes esparcidos por el Océano se dirigieron hacia el vapor, como pollos que acuden apresurados alrededor de la buena mujer que les lleva el grano necesario para su existencia.

Era para nosotros una verdadera vuelta á la vida.

Episodio lamentable.

Aun cuando nos parecía nuestra situación desesperada, es lo cierto que de algunos espectáculos todavía más tristes no habíamos sido testigos.

Después nos enteramos de un episodio verdaderamente lastimoso que se produjo á bordo del «Titanic» cuando ya todos los botes de salvamento habían sido arriados de los pescantes y puestos á flote.

En este momento cierto número de los pasajeros que quedaban á bordo comprendieron demasiado tarde que el buque estaba perdido, y quisieron embarcar sobre una canoa plegable que funcionaba mal.

Pero pensaron todos del mismo modo, y el bote fué lanzado al agua.

Unos cincuenta de entre aquellos pasajeros se metieron en la frágil embarcación, que, con el peso, no tardó en estar medio anegada.

Unos antes y otros después, los pasajeros que se refugiaron en el esquife plegable fueron pereciendo ahogados ó por efecto del frío.

En cuanto uno moría, su cadáver molestaba á los demás, y era lanzado al mar.

Se salvan quince.

Solamente quince de estos cincuenta desgraciados pudieron ser recogidos por el «Carpathia».

A bordo del buque salvador procuramos reanimarles, y cuanto dijera sería poco para elogiar á los oficiales y tripulantes del «Carpathia» y á los pasajeros todos, que cedieron sus camarotes y literas á las mujeres y á los enfermos.

Estos fueron asistidos con todo cuidado durante la travesía.

Nuestro saludo.

Al llegar á tierra los que nos hemos salvado, dirigimos, emocionados, un respetuoso saludo, recordando á todos los que han muerto heroicamente en el *Titanic*, al coronel Astor y demás pasajeros, y también á otros que dieron admirable ejemplo de heroísmo; á los tripulantes todos, que cumplieron con una abnegación sublime todos los más altos deberes de humanidad.

Inseparables.

PARIS. Se recibe el despacho siguiente:

Nueva York, 19 de abril.—Forma en que dos millonarios, mister y mistress Strauss, vieron, con calma, llegar la muerte, enmedio del espantoso tumulto, constituyendo uno de los episodios heroicos de la tragedia.

Ha sido relatado este episodio por mister Thornton, que dice:

«El anciano matrimonio estaba en el puente desde los primeros momentos. Cogidos del brazo ambos esposos permanecieron impasibles y con mucha calma presenciando la lucha de centenares de personas que se dirigían en busca de las embarcaciones.

»El venerable Mr. Strauss consolaba cariñosamente á la compañera de toda su vida, y ni el uno ni la otra mostraban el menor deseo ni la más pequeña intención de buscar la salvación en los botes.

Mistress Straus ponía su mirada en los ojos de su marido, y la escena de los dos viejos, apretados uno contra otro, mientras la muerte se aproximaba, fué uno de los más conmovedores y hermosos cuadros que yo he visto.

Los dos ancianos permanecían en pie, mientras, con calma, esperaban una muerte que sabían era inevitable.

Los marineros intentaron en una ocasión separarles, obligando á mistress Strauss á ocupar una plaza en los botes de salvamento.

Pero la amante esposa rechazó, enérgicamente, la invitación, expresando que no quería separarse de su marido.

Desistieron los marineros y fueron en socorro de otros pasajeros, para procurar colocarlos en los botes.

Cuando las embarcaciones de salvamento se alejaban he podido ver á los ancianos que se mantenían siempre cogidos del brazo, y á Mr. Strauss que, aproximándose á su amante esposa, le daba un largo beso de despedida, un adiós para la eternidad.

Fué esto una verdadera escena bíblica.

Relato de la señora Astor.

PARIS. He aquí un nuevo y muy interesante telegrama de Nueva York recibido aquí con fecha de hoy 19:

Al desembarcar del *Carpathia*, la viuda del coronel Astor fué recibida por sus parientes, los cuales, llenos de emoción, se apresuraron á hacerle mil preguntas relativas á la forma en que ocurrió la catástrofe y, particularmente, al punto concreto del fin trágico del coronel.

La señora Astor, á quien la emoción embargaba también en términos de no poder contestar más que en forma incoherente, empezó por decir:

«No hago memoria de las circunstancias del desastre. Tampoco puedo recordar exactamente de qué modo sucumbió mi esposo.»

Recuerda la señora Astor, aunque sólo vagamente, que cuando estaba á punto de trasladarse del *Titanic* á uno de los botes de salvamento, su marido se encontraba junto á ella.

A partir de ese momento no recuerda bien lo que pasó, hasta que las aguas se tragaron el hermoso transatlántico.

La señora del coronel había ocupado un puesto en una de las últimas lanchas que se separaron del *Titanic*.

Cree recordar que todas las mujeres que deseaban alejarse del barco en peligro habían embarcado ya á bordo de las lanchas que se habían alejado anteriormente.

Guarda la impresión de que en la barquilla que le condujo hasta el *Carpathia* quedaba todavía espacio para haber llevado, por lo menos, otras 15 personas más.

De otros relatos, ajenos al que la viuda de Astor ha hecho, se desprende que la conducta del coronel fué una de las más heroicas.

Empleó todas sus energías en el empeño de salvar á su joven esposa, que se encontraba en lamentable estado de salud.

La ayudó para ganar un puesto en la lancha, en que pudo encontrar salvación.

Pidió permiso al segundo comandante del *Titanic* para embarcar en la lancha en compañía de su esposa.

El oficial le contestó:

«Lo siento mucho. Eso no puede ser. Hasta que las señoras hayan embarcado no se permitirá á ningún hombre saltar á los botes.»

Tomó nota entonces el coronel Astor del número de la lancha en que su esposa partía y volvió á cooperar al salvamento y á prestar auxilio á las mujeres que lo necesitaban por haber sufrido accidentes á consecuencia del efecto que la catástrofe les produjo.

En el domicilio de la señora Astor, en vista de que eran numerosísimas las personas que acudían á enterarse del estado de dicha señora, fué colocada una nota en la que se dice

«La señora Astor sigue relativamente bien, dentro de lo que cabe después de haber pasado por tan terrible prueba.»

Lo que dice Mr. Stengel.

PARIS. Uno de los médicos del *Carpathia* cuenta que hay entre los que han logrado escapar con vida de la catástrofe lo menos veinte que han sufrido perturbaciones mentales, á causa del terrible espanto que el trance en que se vieron les produjo.

El primer pasajero de quien se pudo obtener un relato algo coherente del desastre fué Mr. Ch. Stengel.

Afirmó rotundamente que la pérdida del *Titanic* fué debida únicamente á una imprudencia, corroborando manifestaciones análogas hechas antes en el mismo sentido por otros supervivientes.

—El buque—añadió—navegaba con una velocidad de veintidós nudos cuando chocó con el «iceberg». Fué terrible el choque. Enormes bloques de hielo, de muchas toneladas de peso, cayeron sobre el puente, causando la muerte de algunos pasajeros, antes de que el navío fuese atravesado, y el agua penetró también abundantemente en el barco tras los bloques de hielo. Una gran agitación se produjo á bordo. Momentos después el desorden alcanzaba un punto para cuya narración no habría palabras que tuviesen suficiente fuerza. Corrían todos dando gritos, como alocados, atropellándose para ganar el puente, donde se encontraban los botes de salvamento.

Terminó Mr. Stengel su relación con estas palabras, que sintetizan sus impresiones:

—¡No se ha visto nada tan espantoso!

ROMEO

La señora de Peñasco, salvada.

NUEVA YORK. La Compañía Cunard ha recibido un despacho por medio de la telegrafía sin hilos.

En él se dice que la señora de Peñasco se encuentra á bordo del «Carpathia», y que se ignora qué ha sido de su esposo, D. Víctor.

Cifras oficiales.

NUEVA YORK. Según datos oficiales, el número de supervivientes del naufragio del *Titanic* asciende á 705, de los que 210 pertenecen á la tripulación.

El número de muertos es 1.635.

2009 Ministerio de Cultura